



# Sombras y Luces: Las Deudas Pendientes con las Mujeres\*

Silvia María García Ángel\*\*

## Resumen

El patriarcado, orden simbólico que fundamenta la sociedad occidental, impone la violencia como modelo estructurante de relaciones entre los seres humanos y de estos con la naturaleza, lo que genera exclusión, fragmentación, destrucción y despojo. La negación de la Gran Diosa –expresión simbólica de la existencia potente de lo femenino–, de su fuerza creativa y regenerativa, ha causado múltiples violencias contra las mujeres, estigmatización de lo diferente, destrucción del entorno natural, inequidad, esclavitudes, corrupción y violación de los derechos humanos. Frente a ello, numerosas mujeres del pasado y de la actualidad han desarrollado expresiones de resistencia, oposición y proposición, con la voluntad de desactivar estos dispositivos políticos y culturales que impulsan la guerra, fomentar la inclusión, defender los derechos, propiciar el reconocimiento de las fuerzas creativas y proponer una vida digna para todas y todos.

## Shadows and Lights: Outstanding Debts to Women

### Abstract

Patriarchate, the symbolic order founding Western society, enforces violence as a model structuring relationships between human beings and between them and nature, thus generating exclusion, fragmentation, destruction and spoil. The negation of Great Goddess –the symbolic expression of the mighty existence of feminine–, its creative and regenerating power, has been the cause of manifold violences against women, stigmatizing difference, wreaking havoc on natural environment, inequity, slavery, corruption and human right violation. Facing that, numerous women in the past and today have developed expressions of resistance, opposition and proposition, aiming to disable those political and cultural devices promoting war, and to promote inclusion, defend rights, foster the acknowledgment of all creative forces, and propose a dignified life for all.

\* Ponencia presentada en el Congreso de la Unión de Ciudadanas, el día 17 de noviembre de 2012 en Medellín.

\*\* Trabajadora Social y feminista. Directora de la Corporación para la Vida Mujeres que Crean.

### Palabras clave:

Violencias contra la mujer, patriarcado, exclusión, depredación, Gran Diosa, lo femenino, inclusión, integración, derechos humanos.

### Keywords:

Violences against women, patriarchy, exclusion, depredation, Great Goddess, feminine, inclusion, integration, human rights.

*De cuál sea la situación actual y futura de la mujer dependen muchas otras cosas, depende casi todo.*

Victoria Camps

Un sinnúmero de mujeres en diferentes momentos de la historia, después de luchas que significaron arrestos, maltratos, encarcelamientos y sobre todo el rechazo y la burla de gobernantes, legisladores y la sociedad en general, han legado nuevas posibilidades para las mujeres y nuestras sociedades.

Recordamos en particular a las sufragistas de los siglos XIX y XX, entre ellas Rosita Turizo, y otras tantas mujeres que hacen parte de la Unión de Ciudadanas de Colombia. Vale evocar a Martha Cecilia Vélez Saldarriaga cuando, en la década de los setenta, nos invitaba a situarnos *"[...] en la lucha por ese derecho tan codiciado por las mujeres y tan reiteradamente negado por los varones durante los comienzos de este siglo. Oigamos a las sufragistas, pensemos en sus pensamientos tras los barrotes de la cárcel y en sus intenciones cuando frente al parlamento e incluso aún, cuando frente al senado de nuestro país, asumían con vehemencia la defensa por el derecho al voto femenino y exigían un reconocimiento denunciando la segregación y la desigualdad"*.

Hoy en Medellín, en Colombia y en muchas partes del mundo, después de más de 50 años de haber logrado con nuestras luchas el derecho a votar, las mujeres cantamos y contamos nuevas realidades. Nuestras madres, abuelas y, en general, nuestras ancestras, mirarían con asombro y admiración los logros de las mujeres contemporáneas.

Nuestro destino único e inmutable ya no son las largas, extenuantes



Johannes Vermeer *The milkmaid* 1658-1660, Óleo sobre lienzo.

y escasamente reconocidas horas de trabajo doméstico entre olores de cebolla, llantos o travesuras de hijas e hijos, ropa sucia esperando unas manos callosas, sin más ayuda que la de una niña pequeña aprendiendo el oficio de la sumisión y la invisibilidad.

Nuestro cuerpo es ahora realmente nuestro. Antes, ese cuerpo nos era ajeno, objeto de estados, iglesias, políticas poblacionales. Moldeado por otros, no era habitado soberanamente por las mujeres. Cuerpo-desposeído, cuerpo-objeto para la reproducción, para el placer masculino y el sometimiento, al que se inflige tortura y que permite a su verdugo obtener un supuesto sentido de

poder y control; cuerpo femenino subyugado con múltiples formas de violencia o amenazas.

Sí, hemos avanzado. Ya decidimos si queremos o no tener una prole. Hemos encontrado nuestro clítoris y descubierto la potencia de una piel acariciada y el inefable disfrute en unas manos que descubren la geografía de otro cuerpo. Los derechos sexuales y reproductivos acompañan hoy nuestras luchas y son reconocidos como los más humanos de los derechos.

Sin embargo, no todo es alegría y soberanía plena sobre un cuerpo aún objeto de prácticas de poder. Las amenazas y controles son ahora diferentes: al lado de comportamientos de bulimia o

anorexia, existe una ingeniería del cuerpo que mata a mujeres en aras de unos modelos corporales pensados por una poderosa industria que, a su paso, somete muchas mentes femeninas a cortos horizontes vitales. Cómo no hablar también de las nuevas esclavitudes: cuerpos y vidas de mujeres traficados por mafias globales para la industria del sexo, la servidumbre doméstica o el uso y abuso de guerreros en las confrontaciones armadas que no solo se viven en nuestro país. Asunto antes imposible, hoy muchas mujeres aspiran y están presentes en cargos de decisión: en la política, las instancias estatales, la economía. Pero el costo es alto, representado en la masculinización de nuestras vidas, en las dobles y triples jornadas, y en el aumento del estrés y de infartos. La soledad y la estigmatización son, en últimas, el precio que pagamos y, ciertamente, nuestra presencia política y decisoria no hace aún la diferencia. Pero no hay que dudar: “sin nosotras, el mundo sería peor”.

Hoy las mujeres sabemos de nuestros derechos, cada vez más reconocidos y amparados por estados y organismos multilaterales. Ahora somos partícipes del inmenso acervo de conocimiento construido y acumulado por la humanidad, pues accedemos al sistema educativo, por muchos siglos al margen de las posibilidades de las mujeres.

Las violencias contra las mujeres son hoy un asunto público, preocupación no solo de nosotras sino de muchos sectores de la sociedad. Hasta hace poco en Colombia, matar a una mujer, en incontables casos, era un asunto de honor. Lo tristemente lamentable es que, en muchos países, los crímenes por honor

siguen siendo justificados y aplaudidos.

Las mujeres nos hemos atrevido a desafiar mandatos milenarios, escritos con dolor en nuestra piel y en nuestras mentes. Pero este ser-siendo, este caminar desafiando un orden simbólico que cruza la historia, las tradiciones, los mitos y las subjetividades es también el clamor, el deseo y la aspiración del advenimiento de una nueva realidad para todas y todos, al igual que para la Tierra que nos alberga y para la vida.

Vida que se resiste a los designios implacables de una cultura que ha edificado sus símbolos de poder en las armas, la guerra, la destrucción y la muerte.

Hoy nos estamos atreviendo a convocar a la Gran Diosa, expresión simbólica de la existencia potente de lo femenino, cuya presencia viva en un mundo ya demasiado lejano se esfuma en las sombras del olvido y la negación.

El patriarcado nace con el asesinato de la Gran Diosa e

inaugura la violencia como forma estructurante de las relaciones entre los seres humanos. Violencia que en sus raíces es negación de lo femenino.

Afirmadas en una voluntad de saber y contrariando supuestas verdades científicas, antropólogas, arqueólogas, feministas y mujeres insumisas nos hablan de un tiempo en el cual la Gran Diosa fue el horizonte simbólico de unas culturas que lograron una unidad paradójica pero posible de los opuestos, y con ella la convicción, la vivencia y la comprensión de que el poder supremo es aquel que se expresa para dar, nutrir e iluminar la vida. No obstante las evidencias históricas, distorsionadas por la prepotencia y los artilugios del poder patriarcal, sabemos ahora que hubo un tiempo en el que las relaciones entre mujeres y hombres estuvieron marcadas por la inclusión y no por la exclusión, por la integración y no por la separación, por la unificación



José Horacio Betancur Betancur “La Madremonte” 1953, Escultura.



y no por la fragmentación, por la comprensión y no por la intolerancia.

Con su penetrante coloniaje, el patriarcado ha pretendido erigirse en una verdad y una realidad inexpugnables e inmutables, única alternativa de organización social posible, que ha existido desde siempre y surgido con la aparición de las primeras humanas y humanos sobre la Tierra.

Pero hoy el feminismo, a través de su saga de mujeres insurrectas, enuncia y denuncia con voces perturbadoras y

sabias la aniquilación de unos valores y prácticas, simbolizados en la Gran Diosa. Una Diosa que permitió la estructuración de sociedades caracterizadas por la regularización de los antagonismos y los opuestos, y que promovió por esta vía una mejor y posible concordia social y cultural.

Ella fue el origen de la cultura, inauguró lo propio de lo humano. Ella es *re-unión* de la polaridad, en ella la danza de los opuestos no es antagonismo ni combate, es encuentro, comunicación y

reconocimiento. Ella contiene la luz y la oscuridad, la naturaleza y la cultura, el amor y el odio, la conciencia y el inconsciente, la razón y la intuición, el cuerpo y el alma, el alfa y el omega, lo femenino y lo masculino.

Con ella nos asomamos a la regeneración, al cambio y al movimiento hacia la transformación. Ella da cuenta de los misterios del origen, la vida, la muerte y la renovación. Ella es enlace, fuerza creativa que teje sentidos y posibilidades, permitiendo la convergencia de lo disímil.

Pero la senda cultural vivida y propuesta por el mito fundante de la Gran Diosa fue interrumpida y reemplazada por otra que exaltaba la dominación, la negación y la violencia. El patriarcado separó lo que antes estaba creadoramente conectado, en permanente fluir e intercambio, y que daba un sentido más completo a la vida y a los procesos sociales. El patriarcado, con sus símbolos guerreros, produjo una gran escisión, un quiebre esencial que rompió las conexiones y estableció otro orden cuyas consecuencias padecemos hoy en la demente destrucción de nuestro entorno natural, en la violencia estructural contra las mujeres, en la estigmatización del otro diferente que no encaja con los modelos de los centros de poder religioso, político o neoliberal.

El patriarcado estableció la fragmentación, jerarquizó los opuestos, estigmatizando a unos y sobrevalorando a otros. En este complejo proceso cultural y psíquico, el género masculino usurpó como patrimonio, entre otras muchas virtudes, la razón, la fuerza, la trascendencia, el protagonismo y el coraje. Al género femenino, en cambio, solo se le podían reconocer defectos

e imperfecciones: la intuición, la debilidad, la inmanencia, la invisibilidad y la cobardía.

Mítica, histórica y psíquicamente, se nos ha despojado de los significados profundos de esa lejana construcción simbólica, expresión de las lúcidas comprensiones de lo humano y de la multiplicidad de relaciones posibles entre los seres humanos: consigo misma, consigo mismo, con las otras, con los otros, con la vida que nos provee y nos nutre. Hoy, en el tiempo de arrolladores descubrimientos científicos, de la pretendida dominación de la naturaleza y la aparente globalización de los derechos humanos, tristemente tenemos que constatar que la escisión es cada vez mayor.

La cultura occidental, como hoy la padecemos, es el producto de una guerra contra lo femenino y lo que representa en cuanto develamiento de todo lo humano, con sus sombras y luces, sus fortalezas y debilidades. Esta guerra cercenó los sentidos y significados de la integración, la inclusión y la unidad. Nuestra cultura nace de la eliminación simbólica y real de los referentes asociados a la Gran Diosa, y con esto se ha instalado la milenaria

exclusión y dominación sobre las mujeres.

Para imponerse, el patriarcado requirió construir el olvido de esas épocas fundantes de la cultura humana. Con ingeniosas distorsiones y manipulaciones, se levantaron otros mitos y otras supuestas verdades bendecidas por la ahora poco creíble neutralidad y objetividad de la ciencia. Y hoy como ayer se continúa distorsionando y manipulando la realidad. Basta con recordar las razones que se nos han dado para justificar los orígenes y las causas de esta demencial guerra global contra los pueblos.

El patriarcado se afirmó sobre la sistemática desvalorización, ocultamiento y tergiversación de la presencia de lo femenino y de las mujeres en la vida social, política y cultural. Temiendo el poder subversor de las herencias dejadas por la Gran Diosa, impuso nuevos referentes y reglas y creó otro orden simbólico, político y cultural. En este proceso, la vida social se sumió en una larga historia de guerras, dominaciones y enajenaciones, en la cual las mujeres fuimos domeñadas.

La desolación de nuestra experiencia humana, social y política reclama la presencia de la Gran Diosa y su invitación a la integración, al respeto de todas las diferencias pero, sobre todo, a la reverencia por la vida y a la dignidad de la existencia en un mundo mejor.

Los signos de la ausencia de esos sentidos primordiales se reflejan contemporáneamente en los múltiples rostros de la inequidad entre mujeres y hombres y de la inequidad social. También en la corrupción, en la violación permanente de los derechos de las humanas y los humanos y en la emergencia de nuevas esclavitudes. Cómo no

hablar además, de las guerras preventivas, los enriquecimientos ilícitos de las grandes corporaciones y multinacionales, la destrucción del entorno vital, el envenenamiento del aire y el agua, los controles del cuerpo y la banalización de la vida.

La lógica patriarcal contiene en sus fundamentos un libreto único que se expresa en la cultura, la política y la economía, y por ello no se agota en las expresiones de la discriminación y la violencia contra las mujeres. Ella se manifiesta también en la dominación de los pueblos mediante la guerra y en la mercantilización de la naturaleza, al destruir la memoria de la vida en su largo proceso evolutivo. Igualmente se refleja en la acumulación codiciosa y arrogante por parte de unos pocos y en el empobrecimiento cada vez más escandaloso de muchas mujeres y hombres, y así se despoja a millones de seres humanos de la oportunidad de desarrollar sus múltiples potenciales.

El poder patriarcal se construye —y nos destruye— sobre el destierro de la Gran Diosa a las profundidades de la nada. La nueva y soberbia cultura se edifica sobre pactos firmados entre los hombres, y somete la vida, lo femenino y las mujeres.

Por fortuna, muchas mujeres no obedecieron, ni obedecen, los mandatos impuestos y hemos dado lugar a muchas expresiones de resistencia, oposición y proposición. Entre ellas, el feminismo, que ingresa a la historia erosionando las lógicas binarias de exclusión.

Como las brujas de la Edad Media, mujeres trasgresoras irrumpen socavando los fundamentos androcárnicos y androcéntricos de la ciencia, la medicina y el registro histórico. Sus cuestionamientos trastocan los horizontes conocidos



de la política y la división entre lo público y lo privado. Las preguntas abarcan el Estado, sus instituciones y el marco fundante de la modernidad. La familia es re-significada y desnudada, y se develan los signos de un poder que se estructura sobre la dominación de las mujeres. Se toma conciencia del propio ser colonizado y dividido, con un cuerpo desposeído y una psique construida sobre la mutilación, la carencia y múltiples limitaciones falaces.

No se trata de negar los grandes progresos humanos ni de anhelar románticamente el retorno a épocas pretéritas. Se trata de re-encontrarnos a partir de las realidades actuales, de estos nuevos tiempos, con el mundo simbólico de la Gran Diosa. Re-encuentro en nuestras vidas, en la interioridad de nuestro ser, en la política, en la cultura. Se trata de nutrirnos de esa sabia milenaria y sus significados potentes de inclusión, integración y reconocimiento de todas las fuerzas y expresiones humanas, para soñar y proponer un futuro diferente al que se nos ofrece ahora.

Como dice Marta Cecilia Vélez Saldarriaga en su inquietante libro



*Los hijos de la Gran Diosa (2000): "Frente a un masculino que se erige como valor, significativo, horizonte de toda significación posible, necesitamos recuperar la diosa para reconocer y no negar, para asumir y no excluir, para integrar y no disociar".* A ella nos sumamos, y ampliamos el clamor diciendo: necesitamos respetar y no aniquilar, escuchar y no imponer, construir y no destruir, aprender y no moralizar.

La Gran Diosa es renovación que se refleja y se simboliza en el cambio de las estaciones, en la muda de piel de las serpientes, en la transformación de la oruga en mariposa. En estos últimos siglos, las mujeres hemos emprendido búsquedas, pasiones y resistencias al imperio de la muerte, la violencia y la inequidad. Al igual que las orugas que buscan presurosas su nutrición, mujeres de antes y de ahora hemos recorrido ideas, construido visiones y desarrollado prácticas diversas para saciar nuestros anhelos inmensos de proponer y hacer realidad una vida digna para todas. Entre crisis no exentas de dolor, pero profundamente creativas y vitales, hemos sido crisálidas, viviendo en profunda transformación los sentidos colectivos de nuestras prácticas, aspiraciones y deseos. Las alas de la mariposa emergente se han llenado con la fuerza vivificante de la certeza de nuevas posibilidades para las mujeres, y han dado nuevos sentidos y desafíos a nuestra práctica social y política. Hoy defendemos con ahínco los derechos humanos de las mujeres, cuestionando el sello androcéntrico sobre el cual se ha edificado el marco recortado de los derechos humanos, al igual que su énfasis en legalismos retóricos en desmedro de los horizontes éticos, políticos y culturales de su vivencia.

Nos duelen y conmueven en lo más profundo de nuestro ser los testimonios, hechos y cifras que dan cuenta de las violencias infringidas contra las mujeres por el solo hecho de serlo. La casa, la calle, el conflicto armado y la guerra son los escenarios. El esposo, el padre, las mafias, los actores armados ilegales y legales y el Estado son los victimarios. La violencia sexual, doméstica y sociopolítica son algunas de las caras de esa medusa descomunal que es la violencia contra las mujeres, las jóvenes y las niñas.

¿Dónde está, nos preguntamos, la reflexión profunda de una sociedad acerca de las prácticas de violencia edificadas sobre el convencimiento de la inferioridad de la mitad de su población y su instrumentalización como botín de guerra? ¿Qué sociedad es esta que autoriza, premia y da permiso a sus hombres para afinar su reconocimiento y su valer infligiendo dolor a las mujeres?

El panorama es sombrío pero, por ello mismo, no renunciamos a la defensa y promoción de los derechos humanos de las mujeres, al igual que a pellizcar a una sociedad que es indiferente y justifica la objetivación y la violencia contra ellas. Hoy muchas mujeres apostamos a nuestra constitución en sujetas pensantes, críticas y propositivas. El panorama de nuestras búsquedas y apuestas no estaría completo sin los inmensos retos que representan los procesos de desarrollo sociopolítico y económico. Excluidas primero, luego consideradas como beneficiarias, las mujeres estamos poniendo toda nuestra fuerza vital en convertirnos en sujetos de los diversos procesos encaminados al buen vivir para todas y todos. En este camino, nos hemos encontrado con las marcas



patriarcales de un modelo socioeconómico que se estructura sobre la exclusión, la depredación de la naturaleza y el autoritarismo. La democracia está ausente en la distribución de las riquezas del planeta y en los procesos políticos que comprometen la satisfacción de las necesidades humanas. El despojo y las falacias son los signos actuales del modelo neoliberal que se impone con guerras y alimenta la quimera de la libertad; libertad de mercado, por supuesto, para las grandes corporaciones con

sus desmesurados deseos de acumulación y control.

La avaricia de los poderosos está sembrando la tierra de desiertos y de más y más personas empobrecidas y, dentro de ellas, las mujeres, las más pobres entre los pobres. La feminización de la pobreza no es una consigna hueca, es una realidad planetaria que despoja a millones de mujeres, jóvenes y niñas de los más elementales derechos y las lanza a un destino de carencias, malnutrición y servidumbre. Mientras tanto,

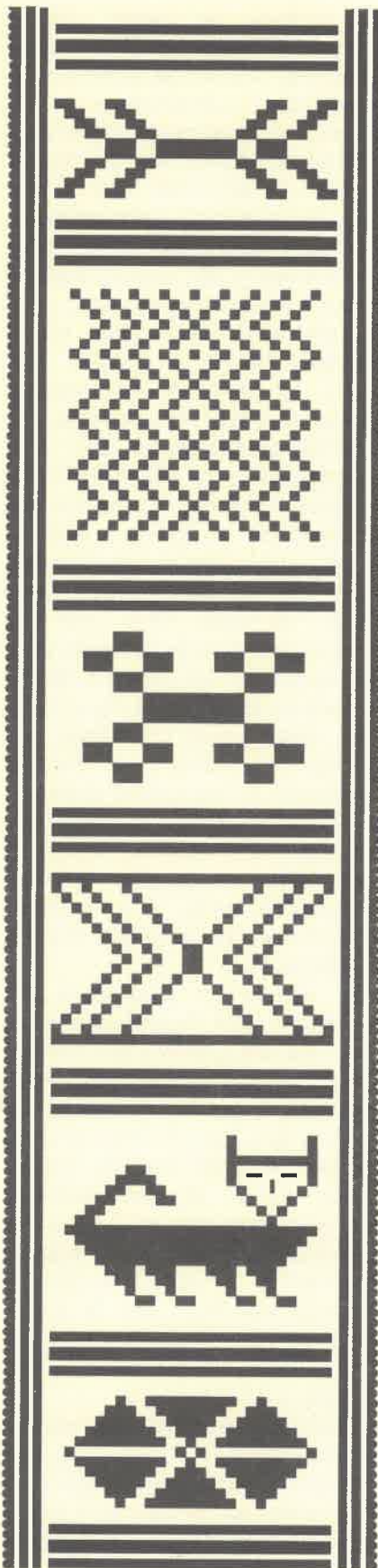
los centros de poder de la política, la economía y la cultura alimentan escandalosamente el consumismo y el derroche.

Por esta y otras muchas razones, las mujeres queremos trastocar el modelo de desarrollo que se nos impone, que está colapsando al planeta y que poco considera a las mujeres y sus organizaciones como sujetos de desarrollo.

Trabajar fuera de la casa, votar, estudiar, habitar la noche, son frutos y síntesis del sentir, pensar y hacer de muchas de nuestras ancestas, mujeres que se negaron a la desapropiación de sus cuerpos, a mutilar su inteligencia y fuerza creativa, a ser arrinconadas en labores rutinarias y extenuantes que nadie valoraba. Ellas que se atrevieron a develar los resquicios del poder en las sábanas de su cama y en las paredes de la casa. Ellas que, antes de Mayo del 68, nos enseñaron a ser realistas pensando lo imposible, pues de lo contrario estaríamos diciendo: "Es imposible, seamos realistas". Con ellas y con las mujeres del futuro, con toda certeza, seguiremos proponiendo nuevos paradigmas.

Nos alienta la esperanza de contribuir a la desactivación de todos los dispositivos simbólicos, políticos y culturales que impulsan la guerra, el uso de las armas y la imposición del modelo del guerrero en nuestro país y en el mundo entero. Terminar con esas sombras bárbaras que nos muestran a miles de mujeres enterrando a sus muertos y dejando sus lazos con la tierra, mientras huyen al paso de las tropas hacia el destierro y un destino cruel e incierto.

Pensamos en las niñas y las jóvenes, muchas de ellas seducidas por el mercadeo del cuerpo, sumidas en la anorexia, la bulimia y todos los encantamientos de la industria



cosmética. Ellas están siendo víctimas de vampiros modernos que roban su potencial creativo y autónomo, y las instalan en la misma situación de sumisión de nuestras abuelas y madres. Tenemos que hablar también de las niñas y las jóvenes atrapadas en las carencias, la violencia y la falta de oportunidades, y que corren el riesgo de repetir las historias de sus madres o de sucumbir a las mafias que explotan sus cuerpos y su trabajo. Hoy nuestros desafíos son grandes y las preguntas muchas. Afirmamos la voluntad de impugnar todas las formas de poder patriarcal, de ejercitar en nuestros actos de transformación la unión entre lo personal, lo privado y lo público. Con todas las mujeres que abrieron el camino, continuamos diciendo: lo personal es político y la política no puede seguir siendo un pacto entre varones que solo piensan y actúan hacia y sobre el afuera. El legado de tantas mujeres anónimas, conjuntamente con el hacer actual de muchas otras, nos permite disfrutar de numerosos cambios impensables hace algunos años. Sin embargo, el patriarcado, con sus múltiples expresiones, aún continúa galopando sobre sus fundamentos y consignas. Las leyes reconocen nuestros derechos, pero no se ha transformado el orden simbólico que nutre el andamiaje legal. Las mujeres hemos salido al mundo, pero la estructura familiar poco se ha modificado. El trabajo doméstico sigue sin democratizarse. Estamos negociando con el Estado, pero este no es expresión real de todos los intereses y sectores sociales. El neoliberalismo es más patriarcal que nunca. Las guerras y la manida lucha contra el terrorismo son el dogma del momento. La presencia de mujeres en los

escenarios de decisión política y económica sigue siendo precaria y, en cualquier caso, poco ha podido contribuir a cambiar las prácticas y prioridades de los denominados asuntos públicos. Por lo anterior, y por muchos otros aspectos sin mencionar, las mujeres nos enfrentamos a nuevos retos y reflexiones. Hoy los contextos y los escenarios han cambiado. La cultura está erigida sobre el predominio y la exaltación de los valores hechos propiedad del género masculino. Por esto, una gran tarea de las mujeres es incorporar en el imaginario, en las representaciones sociales y en las simbologías de esta sociedad, el sentido y la significación de lo femenino y las mujeres. Nos urge construir un orden simbólico diferente del que ahora nos invade, un modo humano de ser re-creado y no escindido. Solo en esta perspectiva podremos trastocar lo existente, las estructuras profundas y complejas que perpetúan el patriarcado –también con nuestra complicidad–, y proponer nuevas maneras de ser mujeres y hombres en la cultura, en la política, en la economía y en la cotidianidad.

#### Referencias bibliográficas

Vélez Saldarriaga, Marta Cecilia (2000). *Los hijos de la gran diosa: psicología analítica, mito y violencia*. Medellín: Universidad de Antioquia.